

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LOS DEMOSTRATIVOS LATINOS

En las consideraciones que me propongo hacer a continuación prescindo de la distinción entre pronombres y adjetivos demostrativos, utilizando ambos según los casos. Mi pretensión es aportar algo al estudio de los demostrativos, partiendo del análisis de unos cuantos textos.

La literatura sobre los demostrativos no es muy abundante. Se toma siempre como punto de referencia el estudio de Brugmann¹ y las reflexiones de Wackernagel sobre el mismo². Después de ellos, el sistema quedó estructurado en torno a las personas gramaticales; cada una de éstas contaba con una deixis formalmente distinta. Wackernagel dio una formulación nueva a las deixis de Brugmann, y a ella haremos referencia: *hic*-deixis (equivalente a la *ich*-deixis de Brugmann), *iste*-deixis (*du*-deixis), *ille*-deixis (*jener*-deixis) y *to*-deixis (*der*-deixis). La existencia de denominaciones latinas para tres casos, y no para el cuarto, deja claro que, para Wackernagel, la *to*-deixis, definida como una «indicación indiferente sobre lo no inmediato al que habla»³, no tiene expresión específica en la lengua latina.

El estudio de los demostrativos latinos, ya en concreto, con consideración de porcentajes relativos, en relación directa con el género literario en que son utilizados, es la base del trabajo de Wölfflin en *ALL*⁴.

¹ K. Brugmann, *Die Demonstrativpronomina der indogermanischen Sprachen*, *Abhandl. der Sächs. Ges. der Wissenschaft* 22, Leipzig, 1904.

² J. Wackernagel, *Vorlesungen über Syntax*, II, Basel, 1957, pág. 101.

³ *O. c.*, pág. 103.

⁴ «Zur Geschichte der Pronomina demonstrativa», *ALL* 11, 1900.

Desde una perspectiva distinta estudia el problema del campo mostrativo Bühler, acogiendo dentro de él a los demostrativos, especialmente a los que se corresponden con la *hic*- e *iste*-deixis⁵.

Recientemente en España contamos con los artículos de A. Fontán⁶ y S. Mariner⁷. Fontán, recogiendo los trabajos anteriores, precisa aspectos referentes a los distintos demostrativos, generalmente aceptados como tales: *hic*, *iste*, *ille*, *is*, *ipse*, *idem*, y fija dos series, que difieren en cuanto a intensidad. Por su parte, el trabajo de Mariner supone una nueva base de estructuración sobre un nuevo criterio de definición del demostrativo: sus funciones. Considera que son: fórica, deíctica, morfemática y enfática. Únicamente cabe considerar demostrativos los elementos capaces de desempeñar cada una de estas funciones por separado, o varias de ellas a la vez. La aceptación de tales supuestos significa la exclusión de *ego/tu*, deícticos por excelencia, ya que no cubren las funciones exigibles en otros campos; la eliminación de *is*, puesto que su valor es el anafórico; la necesaria marginación de *ipse*, en virtud de sus valores exclusivamente enfáticos.

Partiendo de un acuerdo con estas conclusiones, pretendí en un principio hacer un análisis de varios textos seleccionados que me permitieran comprobar la validez de un sistema, resultado conjunto de los trabajos citados. El primer problema que se me planteó fue la imposibilidad de reducir los demostrativos a la serie *hic/iste/ille* (considerada como *hic/iste* e *ille*) cuando se trata de estudiarlos; esto, por una razón muy sencilla. Únicamente el estudio de las concurrencias en la aplicación de ciertos valores entre estos tres demostrativos y algunos de los elementos rechazados, podía aclarar determinados usos. Ello hacía imposible prescindir de *is*, por ejemplo.

El otro problema es quizá más grave, como principio exigible del trabajo. Generalmente, y a pesar de la admisión de distintos valores en los demostrativos, se parte de uno fundamental: el deíctico, y éste constituye el eje en torno al cual se agrupan, en un sistema más o menos coherente, las series mencionadas, privadas de uno o más elementos.

⁵ K. Bühler, *Teoría del lenguaje*, Madrid, 1961.

⁶ A. Fontán, «Historia y sistema de los demostrativos latinos», *Emerita* 33, 1965, págs. 71-107.

⁷ S. Mariner, «Contribución al estudio funcional de los demostrativos latinos», *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, págs. 131-143.

La deixis es clara para todo el mundo cuando se trata de deixis-reales, sólo válidas, como es natural, para una parcela muy reducida de la literatura: el teatro y la oratoria —aunque esta última no de modo tan claro. No puede aplicarse este mismo concepto base de la deixis-real, a otro género literario, sin que cambien los criterios que definen la deixis. Aun dentro del teatro, por ejemplo, cambian los usos en relación con los pasajes de tipo narrativo.

En tal caso puede considerarse el contexto como el campo correspondiente a la parcela de la realidad en que cabe el uso de la deixis-real; tendríamos la deixis-contextual como equivalente. Ahora bien, ¿quiere esto decir que en textos narrativos los demostrativos no tienen más valor que el anafórico o catafórico? En ese caso habría que reducir el estudio de los demostrativos a los textos de teatro y a los discursos. Tal parece ser el principio aceptado, puesto que la identificación del texto con el campo mostrativo real es tan grande que los únicos valores que se han observado con claridad son valores calcados de los correspondientes a las deixis-reales: *hic*, en los textos narrativos, se refiere al elemento más cercano o próximo en la narración; *ille*, al más lejano. Así se hace simplemente un trasvase de los criterios de cercanía y lejanía de la realidad a los textos.

Sobre este punto exclusivamente pretendo centrar el trabajo, que no es sino parte de uno completo sobre los demostrativos. Este es el punto concreto, todavía más concretado, puesto que reduce el análisis a *hic*, por considerar que se trata de aquel demostrativo cuyas coincidencias con *is*, en los valores anafóricos y catafóricos, son más abundantes.

Partiendo, por el momento, de criterios por todos aceptados, tendríamos lo siguiente: *hic*, referido a la primera persona; *iste*, a la segunda; *ille*, a la tercera. Esta diferenciación, como es natural, siempre se establece desde el punto de vista de la primera persona, con lo cual *iste* cambiará el elemento designado, en la medida en que cambia la dirección de la palabra de la primera persona. Lo mismo cabe decir de *ille*; ambos sólo existen en función de un *ego* concreto.

Se entiende por «*hic*: demostrativo referido a la primera persona», el hecho de que todos los objetos o personas marcados por *hic*, elementos ajenos a quien está hablando, en virtud del *hic* deben quedar integrados en su círculo. Ese círculo, tanto físico como mental,

tiene que variar, en estrecha dependencia de las variadas posiciones adoptadas por el hablante, desde los puntos de vista mencionados. Siendo tal cosa así, *hic* tendrá la virtud de ofrecer a quien escucha o lee, la visión del mundo de quien está hablando, siempre desde sus propios presupuestos. Mucho más frecuentes, desde luego, son las deixis-locales, pero no faltan las de otro tipo.

Al margen de estos valores, hemos hablado del valor anafórico o catafórico de *hic*. Empleado como tal aparece, no sólo en los textos narrativos, sino también en los diálogos teatrales y en los discursos. Y se suele decir que en tales usos coincide con *is*. Voy a tratar de analizar ese aspecto, sobre dos comedias de Plauto: *Amphitruo* y *Aulularia*; un discurso de Cicerón: *Diuinatio in Quintum Caecilium* y el *Bellum Catilinae* de Salustio⁸.

Los ejemplos de deícticos reales en la obra de Plauto son tan abundantes que no merece la pena ofrecer más que una muestra:

Amph. 15: *Ita huic facietis fabulae silentium*
 87: *Ipse hanc acturust Iuppiter comoediam*
 97: *Haec urbs est Thebae*

Pasemos ahora al uso anafórico o catafórico de este mismo término; en el caso de Plauto, es posible que, en ocasiones, la métrica pueda influir, hasta cierto punto, en la elección; pero queda una norma general que puede servirnos de pauta.

En la utilización de *hic* como término que hace referencia a un contexto pueden distinguirse dos funciones, como hemos dicho: la anafórica y la catafórica. Y dentro de cada una de ellas los valores adjetivos y pronominales se confunden. Es decir, el valor pronominal lo encontramos en neutro singular y plural, exclusivamente, y el adjetivo en expresiones como *haec res*, equivalente con toda claridad a un *hoc* pronominal.

Por otra lado tenemos *is*. Los usos anafóricos o catafóricos de *is* no se reducen a su utilización neutra pronominal singular o plural, con la correspondiente equivalencia de giros como *ea res*. *Is*, como anafórico, se usa en cualquier género, número y caso, tanto singular como plural, y en ese caso no concurre con *hic*, en la comedia, sino con *ille*.

⁸ Prescindo de los pasajes de lectura no segura.

Vamos a fijarnos en los usos coincidentes comenzando por *hoc*, *haec*. Contando los usos de ambos en el *Amphitruo*, resultaron 11 de *haec* por 9 de *hoc*, en proporción mucho mayor los anafóricos (10 a 1 *haec* y 6 a 3 *hoc*), que los catafóricos. Común a todos los usos es un factor muy importante: que aluden o recogen siempre elementos enunciados por la persona que está hablando. Hasta tal punto la identificación de *hoc*, *haec*, con este concepto es clara que, a veces, no es necesaria siquiera la proximidad de los factores que se recogen; dice Sosia en *Amph.* 397:

Verum, utut es facturus, hoc quidem hercle haud reticebo tamen

aludiendo a algo dicho por él mismo en el v. 394 y no precisamente su última intervención.

Y en 559, cuando acaba de iniciar la escena en 551, el mismo Sosia utiliza un *haec* que no tiene antecedente alguno y que hay que interpretar como «las cosas que he dicho»:

*Tamen quin loquar haec, uti facta sunt hic,
Numquam ullo modo me potes deterrere.*

Exactamente lo mismo puede decirse de la frase de Júpiter, dirigida a Sosia, en la que *haec* alude, en calidad de anafórico, nada menos que a lo dicho por él en la escena desarrollada más de 100 versos antes:

963: *Derides, quia scis haec dudum me dixisse per iocum*
'te ríes porque sabes que las cosas que dije hace un rato, las dije en broma'.

En la mayoría de los casos simplemente indica lo anterior o lo que sigue, siempre a condición, como digo, de que lo que precede o lo siguiente sean palabras de quien está hablando:

Amph. 24: $\overleftarrow{\text{Hoc}}$ petere me precario a uobis iussit.

Aul. 226: Venit $\overrightarrow{\text{hoc}}$ mihi, Megadore, in mentem.

Aul. 532: $\overleftarrow{\text{Haec}}$ sunt atáue aliae multae.

Este factor común va acompañado de rasgos que no son constantes, pero que sí aparecen en proporción suficiente como para llamar

la atención; por ejemplo, el hecho de ir acompañados de verbos como *dicere*, *nuntiare*, *tacere* con cierta frecuencia. Por otro lado, la utilización de *haec* en lugar de *hoc* implica el recoger varios elementos en lugar de uno y por consiguiente su uso fundamental es el anafórico, puesto que ya se conoce el enunciado. El único uso de *haec* como catafórico, en *Amphitruo*, está determinado por un *istaec* anterior:

1101: *Mitte istaec, atque h̄aec quae dicam accipe.*

Pasemos ahora al análisis de *is* en los usos coincidentes con los estudiados para *hoc*, *haec*. El mejor modo es buscar aquellos pasajes en que ambos coincidan en contextos semejantes, a ser posible el mismo. Pero antes, hay que advertir que en *id* no se da identificación con lo enunciado por la primera persona, sino que su uso es indiferenciado. Sirviéndonos de un ejemplo utilizado:

Amph. 963: *Derides qui scis haec dudum me dixisse per iocum*
: : *An id ioco dixisti?*

Afortunadamente hay un pasaje que en su parte final se corresponde con otro, en toda su exactitud, salvo en el uso del anafórico:

Amph. 593: *Quo... id... pacto potest nam —mecum argumentos puta—*
fieri, nunc ut(i) tu (et) hic sis et domi? id̄ dici uolo.

Amph. 609: *Omnium primum iste qui sit Sosia? h̄oc̄ dici uolo.*

Aparentemente la equivalencia es total; más adelante volveré sobre él para ver si, en realidad, con cada uno de los términos se marca un aspecto o si son equivalentes.

En el uso de *id* se advierte, en primer lugar, un número mayor de casos si se compara con *hoc*, *haec* —24 frente a 20—, y una proporción muy baja de neutro plural —2 de los 24—. Este hecho nos lleva a concluir una menor precisión en las referencias de *id* que en las de *hoc*, *haec* ya que no especifica en un conjunto la cantidad de elementos que lo integran.

En segundo lugar, en muchas ocasiones, la referencia por medio de *id* es muy vaga, no puede identificarse con elementos sintácticos concretos, sino con el hecho que se desprende de lo enunciado:

Amph. 637: *Nam ego id̄ nunc experior domo atque ipsa de me scio*

886: *Atque id̄ me susque deque esse habituram putat.*

931: *Mane, arbitrato tuo ius iurandum dabo,
me meam pudicam esse uxorem arbitrarier.*

Id̄ ego si fallo, tum...

Todos ellos son anafóricos, en los tres casos se refieren a una situación no especificada anteriormente, sino que se desprende de la narración. Pero, en el tercer caso, se advierte la imposibilidad de sustitución por *hoc*. La referencia, en efecto, se hace a una frase concreta, la anterior, pero no a la frase como elemento gramatical, sino a lo enunciado por la oración, a la realidad aprehendida por el sintagma.

Ahora sí podemos volver a los versos 593 y 609. *Id*, desvinculado de cualquier persona, de la primera concretamente, no pretende atribuir a ninguna esfera lo previa o posteriormente enunciado. *Hoc*, *haec* hacen referencia a lo que el hablante ha dicho o va a decir, y se indica con ellos que las cosas adquieren o poseen una existencia en virtud de que el hablante las menciona. En cuanto que *id* no marca esa relación, desvincula el enunciado y le da una existencia independiente. Por esa misma razón, el valor deíctico de *hic*, en cuanto que marca la relación con la primera persona, da al *hoc*, *haec*, anafórico o catafórico, un sentido excluyente: «esto que acabo de decir y nada más».

Tendremos, pues, en *id*, *ea* dos valores; uno de ellos negativo: la no indicación de la exclusividad; el otro, sustentado en los factores negativos, pero ya positivo: la referencia a la realidad y no al enunciado de tal realidad; enunciado que a través del prisma de la primera persona recoge *hoc*, *haec*.

Siendo los dos fóricos, en realidad tienen funciones distintas.

Pero, así como *hoc* fórico no tiene más que estas realizaciones que hemos visto, concretadas en el neutro, *is* sí tiene otros usos que, como se desprende de lo dicho, no coinciden con los de *hic* fórico.

Estos usos de *is* no coincidentes, se dan, sobre todo, en los pasajes narrativos de las comedias. Tomemos uno de los prólogos, el de la *Aulularia*:

- 11 *Inopemque optauit potius eum relinquere
quam eum thesaurum commonstraret filio.
Agri reliquit ei non magnum modum,
quo cum labore magno et misere uiueret.*
- 15 *Vbi is obiit mortem qui mihi aurum credidit,
coepe obseruare, ecqui maiorem filius
mihi honorem haberet quam eius habuisset pater*
.....
- 23 *Huic filia una est; ea mihi cottidie
aut ture aut uino aut aliqui semper supplicat.*
- 25 *Dat mihi coronas. Eius honoris gratia
feci thesaurum ut hic reperiret Euclio,
quo illam facilius nuptum, si uellet, daret.
Nam compressit eam de summo adulescens loco.
Is scit adulescens quae sit quam compresserit;*
- 30 *Illam illum nescit neque compressam autem pater.
Eam ego hodie faciam ut hic senex de proximo
sibi uxorem poscat. Id ea faciam gratia,
quo ille eam facilius ducat qui compresserat.
Et hic qui poscet eam sibi uxorem senex,*
- 35 *is adulescentis illius est auunculus,
qui illam stuprauit noctu, Cereris uigiliis.*

Lo primero que se observa es que este *is* anafórico alterna aparentemente con *ille* —problema que de momento no nos afecta—. Después, común a todos los *is*, es que siempre recogen un término anterior, término sintáctico único. Es decir, son elementos sencillos y siempre preceden. Con esto, el valor de este tipo de *is* se limita al de reactualizador gramatical de los elementos recogidos; puede también reactualizar los demostrativos. Por último, y en tercer lugar, *is* es utilizado con este valor, exclusivamente, cuando no hay posibilidad de confusión en la referencia. En el caso de que pueda presentarse ambigüedad, *is* necesita una amplificación y ésta se configura como oración de relativo (v. 15) o como paso del anafórico a adjetivo, con la presencia del sustantivo clarificador (vv. 12 y 29).

A esta categoría de anafóricos podríamos darles el nombre de anafóricos gramaticales, para diferenciarlos de algún modo de los anafóricos contextuales, representados especialmente bien por *id*, *ea*. De hecho, *hoc*, *haec*, como anafórico o catafórico, responden más bien al tipo gramatical —en este caso, reactualizadores de sintagmas

complejos—, aunque pasados a través de la primera persona. La diferencia entre el *is* anafórico gramatical y *hoc*, *haec* es que en el primero no se trata más que de un modo de economía expresiva; en el segundo se añaden los valores expresivos ya anotados, y cuando actúa como catafórico constituye un refuerzo.

Pasemos ahora a estudiar un discurso (*diuinatio in Q. Caeciliium*), por ver si en algo cambia la situación.

Dejamos ya al margen el mantenimiento del valor deíctico de *hic*, evidente en tantos casos:

12: ...*uoluntatem apud hos grauem esse non oportere*

14: *Sed quid ego his testibus utor*

26: *Ego in hoc iudicio mihi Siculorum causam receptam*

Es lógico que sea menor el número de casos, puesto que la situación espacial no cambia; se advierte, sin embargo, un incremento del número de *hic*, introduciendo en el campo del hablante el elemento al que van unidos.

Centrándonos en los valores analizados para Plauto, hay posibilidades de corroborar lo ya expuesto.

Respecto al hecho de que *id*, *ea*, en su uso, son indiferentes al hecho de referirse a un conjunto como un todo o como constituido por distintos elementos, puede verse el siguiente caso:

10: *Intellego haec duo in primis spectari oportere*

72: *Haec quae dixi retinere possimus; si tantulum offensum... sit, ut ea quae singillatim ac diu collecta sunt... perdamus*

La noción de elementos diferenciados se deduce de la frase de relativo, que con *singillatim... collecta sunt* lo explicita. En realidad, *ea* aparece siempre seguido de su correspondiente frase de relativo; en caso contrario, aparece *id*, como anafórico y catafórico. Se explica esta preferencia por *id*, puesto que la referencia a la realidad aprehendida es difícil hacerla por los elementos constitutivos de la misma, como no sea trasladando esa referencia a la formulación gramatical o directamente. En ambos casos, son los demostrativos los utilizados.

La alusión a unos elementos sintácticos anteriores o posteriores, siempre enunciados por la misma persona que habla, puede verse en un ejemplo:

39: *Magna sunt ea quae dico... Noli haec contemnere.*

Fuera de toda duda el hecho de que *haec* no puede ser utilizado nunca en latín como anafórico de *ea*; sí al revés. Evidentemente los dos términos de la frase utilizada se refieren a lo mismo. Pero *haec* no se limita a reactualizar gramaticalmente el término anterior. No puede traducirse, por decirlo de otro modo, por «no las desprecies». Lo que está sucediendo es que *ea quae dico* y *haec* son equivalentes. Podría invertirse el lugar de ambas y la significación no cambiaría. Por consiguiente, *ea quae dico* viene a ser una especie de definición de *haec*. No es, por tanto, anafórico *haec*, es una formulación doble lo que tenemos, de un mismo significado.

Existe una diferencia entre *ea quae dico* y *haec quae dico* en consecuencia. En esta última frase, la oración de relativo da énfasis a la expresión, recalcando *haec* el valor del presente-continuo, por el hecho de actuar como antecedente:

47: *Si enim mihi hodie respondere ad haec, quae dico, potueris.*

Es *haec* el que añade un matiz a la oración de relativo, no al revés. Puede compararse la semejanza de este *haec* con:

52: *Quid ad haec dici potest?*

Hoc, haec, como en el caso de Plauto, hacen hincapié en la materia gramatical creada por el hablante, partiendo de la realidad. *Id, ea* recogen o introducen una realidad aprehendida por el contexto, sin concretar, en muchos casos, en forma gramatical.

En efecto, observamos que en correlato *id* no alterna con *hoc*, sino con *illud*, que, como se verá al estudiar *ille*, responde a unos planteamientos muy distintos a los de *hic e iste*:

22: *At enim solum id est, ut me Siculi maxime uelint; alterum illud credo, obscurum est.*

53: *Hoc te praeterit, non id solum spectari solere, qui debeat, sed etiam illud.*

La situación se mantiene. Por tanto, la diferencia entre ambos, no reside en la intensidad, sino en el enfoque. Por el hecho de ser excluyente *hoc*, en cuanto que marca la afinidad con la primera persona, debe resultar más intenso, pero sólo como consecuencia de sus valores originarios.

Con todo, aparece en Cicerón el *hic* anafórico, no neutro y adjetivo:

- 39: *Si optimis a pueritia disciplinis... studuisses et in his elaborasses*
 67: *Neque enim magis... res unquam ulla commouit quam haec maiorum consuetudo.*

en un caso referido al elemento más cercano de los varios enunciados:

- 54: *Opinor, concedes multo hoc et esse grauius et...*

En este pasaje el elemento más cercano coincide con ser también la causa que está tratando Cicerón y puede tener *hoc* un valor deíctico: «admitirás que lo que nos ocupa es mucho más importante».

Los restantes usos anafóricos de *is* continúan exactamente igual que en Plauto. En algunos casos: §§ 4, 35, 44, 46, 48, 60, *is* recoge un demostrativo. Es, pues, el demostrativo el que opera la selección partiendo de criterios distintos; *is*, en estos usos anafóricos, reactualiza gramaticalmente la selección operada y permite su continuidad.

El paso a un texto narrativo plantea problemas de fondo, completamente distintos: 1) No existe posibilidad de empleo de los demostrativos en deixis-reales. 2) La narración excluye la posibilidad de participación de otra persona que no sea la que escribe y, por tal circunstancia, dejará de tener interés el hacer notar tal hecho.

Estos dos puntos, si es que es justo el planteamiento, excluyen las diferencias entre *id*, *ea* y *hoc*, *haec* en el sentido en que han sido estudiados.

El texto utilizado para análisis es el *Bellum Catilinae* de Salustio, excluyendo, lógicamente, los pasajes en estilo directo y en estilo indirecto, que habría que considerar aparte.

El uso de *id*, *ea* pronominal, apenas tiene la función anafórica de recoger lo enunciado globalmente, independientemente de su formulación lingüística: suele recoger elementos gramaticales aislados, tal

como sucedía en Plauto y Cicerón con *hoc*, *haec*. Mantiene su uso tradicional en los siguientes casos:

- 14,7: *Scio fuisse nonullos qui... existimarent, iuventutem parum honeste pudicitiam habuisse; sed ex aliis rebus magis quam quod cuiquam id compertum foret, haec fama ualebat.*
 16,5: *tutae tranquillaeque res omnes, sed ea prorsus opportuna Catilinae*
 21,1: *postquam accepere ea homines*
 29,1: *Ea cum Ciceroni nuntiarentur*
 37,2: *...sed omino cuncta plebes nouarum rerum studio Catilinae incepta probabat. Id adeo more suo uidebatur facere*
 50,3: *Consul ubi ea parari cognouit*
 56,1: *Dum ea Romae geruntur*
 32,3: *Dum haec Romae geruntur*
 50,1: *Dum haec in senatu aguntur*

Se advierte el predominio de *ea* sobre *id*, al contrario de lo que sucedía en la comedia y los discursos. Se utiliza *id* cuando se trata de recoger una frase como unidad —no entro ahora en si recoge la formulación lingüística o la realidad subyacente—. Por lo que respecta a *ea*, su uso plural parece responder a los mismos motivos que el de *haec*: ofrecer la visión de un conjunto a partir de los elementos que lo integran. ¿Quiere esto decir que *id* y *ea* han ido adquiriendo unos valores que los llevan a identificarse con *hoc*, *haec*, o más bien, la narración ha anulado los valores específicos de estos últimos, igualándolos a *id*, *ea*?

El hecho es que:

- 59,1: *Dum ea Romae geruntur*

tiene un paralelo en apariencia total con

- 32,1: *Dum haec Romae geruntur.*

La aclaración del problema sólo puede provenir de la consideración conjunta de los casos con *id*, *ea* y *hoc*, *haec*.

Si estudiamos los escasos ejemplos de *hoc*, *haec* —catorce—, tendremos: aunque aislados del contexto son iguales a los de *id*, *ea*, sin embargo, en un análisis menos superficial se advierte una diferencia fundamental: todos ellos recogen lo enunciado en un discurso o exposición en estilo directo o indirecto (14,7; 22,3; 26,1; 31,8; 33,3; 34,1 y 3; 36,2; 40,4; 43,2; 43,3; 45,1; 50,1; 59,1). En el caso de *ea* —salvo

21,1— la relación con lo que antecede se establece sobre hechos relatados por el narrador, que no requieren advertencia alguna sobre la procedencia de la información.

Como decía un poco antes, la imposibilidad de emplear *istuc* para designar lo que acaba de decir el interlocutor, no hace necesario el indicar con *hoc* que se trata de enunciados del hablante. En tal sentido, el valor de *hoc*, *haec*, más próximo al que hemos visto en el diálogo, sería el de aludir al comienzo o al final de los discursos o exposiciones a la participación personal de quien narra en la versión que da. ¿Querría esto decir que en el caso de 21,1, que sigue al discurso de Catilina, ha querido Salustio desvincular el contenido del discurso de una posible versión por su parte?

Ya se entiende que en muchos casos la aplicación puede ser meramente mecánica y que en la mente del que escribe estas distinciones no se hacen de modo consciente, la mayor parte de las veces. Pero el hecho de que se produzcan una serie de coincidencias es un índice de que la utilización de unos u otros términos no tiene un origen casual. Se daría en la narración una adaptación de uno de los valores que veíamos en *hoc*, *haec*, el de transmitir la participación de la primera persona en el enunciado; dada la situación de un texto narrativo, distinta, el uso se restringiría a los casos en que tal distinción ofreciera interés.

C. CODOÑER